

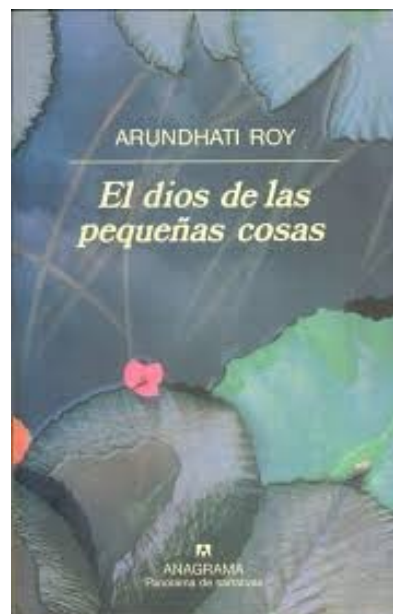


rmbm.org



rmbm.org/rinconlector/index.htm

EL DIOS DE LAS PEQUEÑAS COSAS



Arundhati Roy

Murcia

https://es.wikipedia.org/wiki/Arundhati_Roy

Arundhati Roy

Arundhati Roy (Shillong, 24 de noviembre de 1961) es una escritora y activista india. Ganó el Premio Booker en 1997 por su primera novela, *El dios de las pequeñas cosas*. También es una activista política que ha tomado parte en causas por los derechos humanos y de protección del medio ambiente.



Roy nació en Shillong (estado de Meghalaya), de una madre cristiana sirio-ortodoxa del estado de Kerala y un padre hinduista del estado de Bengala. Pasó su juventud en Aymanam (Kerala), estudiando en Corpus Christi. Cuando tenía 16 años, se trasladó a Delhi donde llevó un estilo de vida bohemio. Vivía en una cabaña vendiendo botellas para ganarse la vida. Luego estudió arquitectura en la Delhi School of Architecture, donde conoció a su primer esposo, el arquitecto Gerard Da Cunha.



Conoció a su segundo esposo, Pradeep Kishen, en 1984, y comenzó a trabajar en el cine. Hizo el papel de una aldeana en la película *Massey Sahib*. Escribió guiones para las películas *In which Annie gives it those ones* y *Electric moon* ('Luna eléctrica'), y en la serie de televisión *The banyan tree* ('El baniano').

En su carrera temprana, Roy trabajó escribiendo para programas de televisión y películas. Escribió los guiones de *In Which Annie Gives It Those Ones* (1989), una película basada en sus experiencias como estudiante de arquitectura, en la cuál también fue actriz, y *Electric Moon* (1992). Las dos películas fueron dirigidas por su entonces esposo, Pradip Krishen, durante su matrimonio. Roy ganó el National Film Award por mejor guion por el guion de *In Which Annie Gives It Those*.

Empezó a escribir la novela semiautobiográfica *El dios de las pequeñas cosas* en 1992 y lo terminó en 1996. El libro está inspirado en las propias experiencias de Roy durante su infancia en Aymanam. Recibió 500.000 libras por adelantado y los derechos de la novela fueron vendidos en 21 países.

La publicación de *El dios de las pequeñas cosas* lanzó a Roy a la fama internacional. En 1997 recibió el Booker Prize por novela de ficción y la novela apareció como uno de los libros notables del año en *The New York Times*. Alcanzó la cuarta posición en la lista de best-sellers de ficción independiente de *The New York Times*.

Para protestar contra las pruebas de armas nucleares realizadas por el gobierno indio en el estado de Rayastán, escribió el ensayo *El final de la imaginación* en 1998, que se publicó en la recopilación *El precio de vivir*, en el que se opone a los proyectos de represas hidroeléctricas en India. Ha publicado otras dos colecciones de ensayo y trabajado por causas sociales.

En 2004, Roy ganó el Premio Sídney de la Paz por su trabajo en campañas sociales y su apoyo al pacifismo.



En 2010, hizo un reportaje llamado *Caminando con los Camaradas* sobre la guerrilla Maoísta conocida como Naxalita, el mayor problema de seguridad interna que sufre la India según el ex primer ministro Manmohan Singh con la intención de esclarecer las razones de la violencia, por lo que es perseguida hoy en día por el estado indio.

En junio de 2017 fue publicada su segunda novela, *El misterio de la felicidad suprema*. La novela fue seleccionada para el Man Booker Prize de 2017 y fue finalista para el National Book Critics Circle Award para trabajos de ficción en enero de 2018

OBRA

Ficción

El dios de las pequeñas cosas, 1997.

El misterio de la felicidad suprema, 2017.

No ficción

El final de la imaginación, 1998.

Retórica bélica, 2005.

Espectros del capitalismo, 2015.



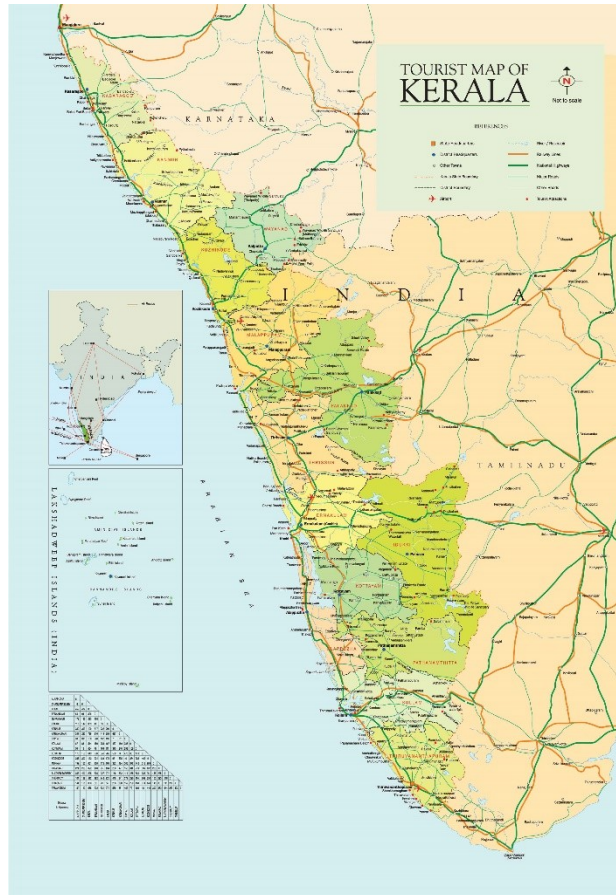
<http://notasomargonzalez.blogspot.com/2014/08/el-dios-de-las-pequeñas-cosas.html>

ÉRASE LA INFANCIA Y LOS MIL Y UN DRAMAS DE NUNCA ACABAR

OMAR GONZÁLEZ | 3 JUNIO 2019

La traducción del inglés al castellano de España de *El dios de las pequeñas cosas*, novela de la escritora hindú Arundhati Roy (Shillong, noviembre 24 de 1961), llegó a México precedida por un alharquiento boom internacional: el Premio Booker de 1997 concedido en el ámbito de la lengua inglesa (se publicó en Londres en 1997) y su vertiginosa traducción a 32 idiomas. Tal es la riqueza de la obra, amenidad, ludismo y humor, que su lectura es un placer, aún en español; y difícilmente (y no sólo por su volumen) podrá comprimirse y transmitirse esto en una reseña.

Sin embargo, la traducción al castellano que hicieron Cecilia Ceriani y Txaro Santoro y que Anagrama editó en Barcelona en marzo de 1998, si bien comprende algunos pies de página, carece de un glosario que reuniera las numerosas palabras que se presentan en cursiva y cuyo significado queda oscuro o un tanto oscuro para el lector no familiarizado con las palabras del hindi y demás. Que esto pudo hacerse, puede ejemplificarlo el glosario que Miguel Sáenz incluyó al término de su traducción de *Hijos de la medianoche*, del escritor anglohindú Salman Rushdie (Bombay, junio 19 de 1947), publicada en Madrid por Alfaguara en 1984 (la primera edición en inglés data de 1980), voluminosa novela sobre la zaga familiar de Saleem Sinai y el nacimiento de la India como nación independiente del imperio británico, con la que *El dios de las pequeñas cosas* se emparenta por el “exquisito pulso narrativo” y el “realismo mágico” del que ambas gozan, se ha dicho, no sin razón, pese a que a la autora no le gusta. No obstante, tampoco se equivocan quienes han encontrado que las dos novelas poseen vasos comunicantes con la narrativa del colombiano Gabriel García Márquez, cuyo epicentro es *Cien años de soledad* (Sudamericana, 1967).



El dios de las pequeñas cosas, la novela de Arundhati Roy, tiene como epicentro el pueblo de Ayemenem o Aymanam, cercano al municipio de Kottayam, en la región de Kerala, al sur de la India. Y dos principales marcos temporales: de mayo a junio de 1994, y dos semanas de diciembre de 1969. En

1994, Rahel, con 31 años de edad, quien está trabajando por las noches en una gasolinera a las afueras de Washington, D.C., es llamada por su tía abuela Bebé Kochamma, de 83 años, con la noticia de que Estha, su hermano gemelo, quien está loco y mudo y al que no ve desde hace 23 años, ha sido regresado de Calcuta, por su padre, a la casa familiar de Ayemenem. Y es en tal lapso donde se advierte un curioso error de cálculo que prevalece en toda la obra. Los gemelos Rahel y Estha, hijos de Ammu, nacieron en noviembre de 1962, se narra en la página 57. Tenían 7 años durante las dos semanas de diciembre de 1969, los últimos días de su infancia que estuvieron juntos. Si al retornar ambos a la casa de Ayemenem tienen 31 años —la edad en que murió Ammu, su madre, se cuenta en la página 15—, entonces en noviembre de 1993 cumplieron 31, y en mayo y junio de 1994, cuando se vuelven a ver, han transcurrido 24 años sin verse y no 23, como se dice; y por ende cumplirán 32 años el próximo noviembre de 1994.

Pero ante tal minucia, hay que destacar que entre los dos principales tiempos en que oscila la novela (1994 y 1969), se urden un sinnúmero de historias y anécdotas que tienen que ver con la accidentada historia personal y con la retorcida personalidad de los principales personajes, casi todos miembros de la familia de la casa de Ayemenem o vinculados a ella. Y al unísono se dan visos y detalles de usos, costumbres y tradiciones hindúes (trastocadas por el histórico coloniaje británico y el neocoloniaje norteamericano, por los mass media y el turismo extranjero), de rancios prejuicios religiosos, de ancestrales y conservadores atavismos relativos a la discriminación y pugna entre las castas, de la exuberante naturaleza de la India y del irreversible deterioro de los ecosistemas, del entorno y sus vínculos con el extranjero, de rasgos sociales, económicos, políticos e históricos.



Río en Kerala

En la urdimbre de *El dios de las pequeñas cosas* descuella la comicidad y la recreación del mundo de la infancia a partir, principalmente, de los rasgos y de la conducta de Rahel y Estha (quien de niño hablaba y no estaba loco), de sus juegos, cantos, lecturas, perspectivas, de las películas gringas que veían y las canciones de moda que cantaban. Pero el humor de Arundhati Roy, que puede ser negro o blanco o escatológico, siempre es un agradable aderezo que atempera las terribles, nauseabundas y purulentas historias que la novela implica y entreteje. Entre las sombrías y amargas historias podrían entresacarse y contarse las que giran en torno a la machista e inveterada vejación de la mujer hindú; por ejemplo, la historia que concierne a la intrigante y maléfica Bebé Kochamma; a Kochu Maria, la criada de toda la vida; a Mammachi, la madre de Ammu; y a la propia Ammu, a quien le tocan las piedras, golpes y condenas más humillantes, dolorosas y cruentas.

Aunado a su virtud lúdica y humorística y a su envolvente y magnética manera de narrar y urdir las historias y las anécdotas, Arundhati Roy, desde el inicio de *El dios de las pequeñas cosas* comienza a suscitar interrogantes, a articular el suspense alrededor de varios hechos terribles que tuvieron lugar durante aquellas dos semanas de diciembre de 1969. Es decir, casi al principio, en torno a la lejana y obligada separación de los gemelos de 7 años, del sepelio de Sophie Mol, la prima inglesa de casi 9 años que murió ahogada un día de los 15 días de diciembre de 1969, y de la visita después del entierro (donde estuvieron marginados) a la cárcel de Kottayam por parte de Ammu (con 27 años) y sus pequeños gemelos, para ver y declarar a favor de un tal Velutha, cosa que impide el jefe de la policía, quien además de insultarla, toquetearle los senos y llamarla puta y madre de hijos ilegítimos, comienzan a entrecruzarse un puñado de historias atroces y terribles, cuyos meollos sólo se conocerán al término con todas sus minucias, pelos y señales.

Baste decir, para no desvelar el intríngulis, que Velutha, quien en diciembre de 1969 tenía 24 años, es un joven paraván, muy humilde; es decir, de una casta inferior que lo presenta ante la sociedad hindú como un intocable, un vil apestado. Pero que sin embargo, dada su habilidad manual, fue educado de niño por la propia Mammachi en una escuela de intocables (fundada por su suegro, un legendario patriarca de la Iglesia Ortodoxa Siria) donde aprendió la carpintería. Pero como además de la carpintería domina muchos oficios, es quien mantiene en funcionamiento la casa de Ayemenem y la maquinaria de la contigua fábrica de Conservas y Encurtidos Paraíso, fundada por Mammachi. La furtiva y clandestina relación erótica con que el intocable Velutha y Ammu se enredaron durante esos 15 días de diciembre de 1969, transgrede los tabúes más anquilosados, rancios y obtusos y por ende desencadena el odio y la violencia y los atavismos más siniestros y cruentos entre las respetables

cabezas de la casa de Ayemenem (Bebé Kochamma, Mammachi y Chacko, hijo de ésta, graduado en Oxford), manchando, incluso, las manos de los pequeños gemelos Rahel y Estha. El padre de Velutha, un paraván supersticioso e imbuido por los atavismos que lo signan, se ofrece matar a hachazos nada menos que a su propio hijo. Pero es Bebé Kochamma, con sus intrigas e infundios, quien incita el encierro de Ammu en su recámara y la búsqueda de Velutha por parte de la policía de Kottayam, la cual, con su propia corrupción y odio a los intocables y con la difamatoria denuncia de por medio, asesina a Velutha a golpes y patadas, pero supuestamente con las manos limpias ante el statu quo.



Pintura mural en Kottayam

Por si fuera poco, paralela a esa dramática y sangrienta historia de infausto amor, los pequeños gemelos viven su propio drama que conjugan con su inocencia y sus juegos e imaginación aventurera. Estha, después de la vomitiva experiencia al que lo sometió un pedófilo en el Cine Abhilash, en Cochín, cuando al inicio de esos fatídicos días de diciembre de 1969 fueron allá para recibir en el aeropuerto a Sophie Mol, hija de Chacko y de Margaret Kochamma, su ex mujer inglesa que vive en Londres, concluye, dentro de su fobia e ingenuidad, que “a cualquiera le puede pasar cualquier cosa” y que “es mejor estar preparado”. En este sentido, Estha se había propuesto cruzar el cercano río Meenachal y fundar una casa-refugio en la ruinosa casona que los gemelos imaginan que es la Casa de la Historia. Así, con Rahel de cómplice, quien siente que Ammu la quiere menos y tras recibir ambos una ráfaga de insultos de su madre y con Sophie Mol que se les une al juego del escape con el rollo de que con la ausencia de todos los niños serían más los

remordimientos de los mayores, intentan, en la oscuridad de la noche, cruzar el río Meenachal con la pequeña barca que les arregló Velutha, su querido amigo, el intocable; pero la creciente de las aguas y su impericia ante el vuelco de la barquita, propicia que Sophie Mol se ahogue.

La psicosis y el eterno silencio de Estha, el gemelo de 31 años, es uno de los interrogantes suscitados desde el inicio que nunca se desvela en los veintiún capítulos de *El dios de las pequeñas cosas*. Luego de los fatales sucesos de fines de 1969, Estha fue enviado a Calcuta, con su padre, un pillo alcohólico, quien por salvar su puesto en una plantación de té, intentó prostituir a Ammu con el administrador inglés de la empresa, cuando los gemelos eran muy pequeños y vivían en Assam. En Calcuta, Estha comenzó paulatinamente a desconectarse del entorno, a hundirse en el silencio y a obsesionarse por el orden y la limpieza. Se tiene noticia de las largas caminatas a las que se volvió aficionado; pero nunca se conoce, con precisión y detalles, el trasfondo que propició su mudez y demencia.

Y tampoco nunca se sabe qué ocurre después del vínculo incestuoso que une más a los gemelos de 31 años, mientras la tía abuela Bebé Kochamma, transformada, con Kochu Maria, en una ruinosa, sucia y patética teleadicta, los espía y espera el momento en que Rahel se lleve a Estha de su casa de Ayemenem, ahora un vejestorio mugriento y desvencijado, que para tal cosa la hizo venir a la India desde su nocturno, lejano y oscuro empleo en una gasolinera a las afueras de Washington, D.C.

ARUNDHATI ROY: «EN LA INDIA SE COMETEN ASESINATOS EN MASA»

LAURA FERNÁNDEZ | 22 OCTUBRE 2017

Arundhati Roy ha tardado 20 años en escribir su segunda novela. La autora de *El dios de las pequeñas cosas* cambió su condición de cara visible de su país, la India, por un activismo político inquebrantable decidido a luchar contra todas las injusticias de la sociedad en la que vive. El ministerio de la felicidad suprema es su último pulso al mundo.

El año 1997, Arundhati Roy se hizo mundialmente famosa. Su cara empezó a asaltar las portadas de las revistas del mundo entero después de que su primera novela, *El dios de las pequeñas cosas*, pasase de obra de culto a best seller internacional y se hiciese con el siempre preciado Premio Booker. Entonces, recuerda hoy Arundhati, dos décadas más tarde, «el gobierno de la India quiso convertirme en la cara visible de la nueva India, una nueva India que comandaba un partido de extrema derecha que lo primero que hizo al llegar al gobierno fue empezar a hacer pruebas nucleares. Vendían un nuevo liberalismo, un nuevo régimen que buscaba su lugar en el mundo internacional. Yo no quería ser esa cara». Y ahí empezaron los problemas. Problemas que la han mantenido alejada de la ficción 20 años. Porque *El ministerio de la felicidad suprema* (Anagrama), su segunda novela, se publica dos décadas después de que lo hiciera aquel inesperado best seller del que se han vendido en el mundo más de ocho millones de ejemplares.

Vestida de negro y lista para sumarse a la protesta contra la actuación policial que se llevó a cabo el domingo en toda Cataluña -cinco minutos de silencio a las puertas de empresas y centros culturales, colegios, institutos, todas partes-, Roy no quiso pronunciarse sobre lo que está ocurriendo en España porque, dijo, «no me gusta hablar de lo que no conozco bien», pero sí habló, largo y tendido, de su condición de activista política, que empezó justo después de la publicación de *El dios de las pequeñas cosas*. En realidad, lo hizo después del éxito. Cuando, decíamos, el gobierno de su país quiso instrumentalizar su imagen. «Cuando me negué, me puse a escribir sobre política. Publiqué el ensayo *El fin de la imaginación*, y me posicioné contra ellos, contra sus pruebas nucleares, contra todo lo que representaban. Eso generó rabia en el establishment, y me pasé de nadar sobre el agua, a tener que caminar en la parte más honda del río. Pero no me importó. No quería convertirme en la escritora que explica Oriente a Occidente, quería vivir intensamente en mi país, y luchar contra todo lo que estaba pasando», expuso.



Durante esas dos décadas, en las que escribió y publicó al menos cinco ensayos -tres de los cuales están editados en castellano por Anagrama: El final de la imaginación, El álgebra de la justicia infinita y Retórica bélica-, los personajes de la que ha acabado convirtiéndose en su segunda novela -la historia de Anyum, una batallante hermafrodita; de Tilo, los hombres que la amaron, y su casero, peculiar oficial de inteligencia destinado en Kabul; y también la de las dos Miss Yebin, la primera es una niña enterrada en el Cementerio de los Mártires, a la segunda la encuentran abandonada en las calles de Nueva Delhi- la han ido, dijo, «visitando», y llegó un momento en que su presencia era tan palpable que pasaron a la página en blanco. Sus relatos se cruzan en una novela que su editor en español, Jorge Herralde, califica de «canto a la libertad» y por la que, dice, «ha sido comparada con Dickens, García Márquez y Salman Rushdie». Pero ¿qué diferencia ve ella entre la ficción y la no ficción? ¿Contra qué puede luchar la ficción que la no ficción no pueda?

«Sólo la ficción puede contarte la verdad. La no ficción se basa en argumentos, en datos, hechos, la ficción es la construcción de un universo. En la ficción construye un edificio, con múltiples ventanas, desde las que puedes contemplar su interior en distintos momentos y hacerlo a través de distintas luces», contesta. Habla de Cachemira, porque buena parte de la novela se centra en el conflicto en el que su país lleva estancado más de 70 años, un proceso de independencia que se puso en marcha en 1947 y que aún no ha terminado. «Cachemira es la zona del mundo en la que mayor ocupación existe, hay miles de soldados en las calles. Y los datos sólo hablan de tantos muertos, tantos malheridos, tantos torturados, pero no de cómo la ocupación cambia la vida de la gente. A las noticias nunca llega lo más espantoso. Hay, por ejemplo, un oficial en la novela que se encarga de recompensar a los soldados por la cantidad de personas que matan. Y eso ocurre. Y da tanto miedo cuando hace un regalo como cuando señala a alguien. Ese terror sólo puede contarse a través de la ficción. Sólo a través de la ficción puedes hablar de cómo el fundamentalismo económico proviene del antiguo fundamentalismo religioso, por ejemplo», explicó.



Primera invitada del ciclo Revolución o resistencia -el lunes próximo pasará por Barcelona la legendaria activista afroamericana Angela Davis-, Roy habló sobre la resistencia en Cachemira y lo importante que es que «no exista una única resistencia sino muchas resistencias». «Tuve una reunión con Snowden en la que me dijo que la CIA estaba entusiasmada con Facebook porque ya podía dejar de rastrearnos, íbamos a ser nosotros los que le suministraríamos la información. En la India, a un policía que te detiene por la calle por una infracción de tráfico, le bastan dos clics para saberlo todo de ti. La única manera de escapar a eso pasa por salir de las redes», dijo. Porque internet es un arma de doble filo, «un cuchillo sin mango», puesto que, por un lado, «nos permite organizarnos» pero, por otro, «le da toda la información al poder». Para salir, en cualquier caso, de una situación estancada, como la que vive Cachemira, «no basta sólo con hablar, porque a veces cuando hablas te vas sumiendo en arenas movedizas, pero tampoco sirve de nada sólo la fuerza, porque crea mártires que alimentan el movimiento». Eso sí, dice, el mayor peligro se corre cuando «el gobierno implica a la población, y la convierte en parte de la propaganda». Y genera odio entre ella. «Pocas semanas antes de la publicación de mi novela», dice, «el ejército cogió a un civil, lo ató a un jeep y circuló cinco horas con él como carga, arrastrándolo. Y después de aquello, al soldado que lo había hecho, se le premió. Al poco, un actor de Bollywood que es miembro del parlamento dijo que no deberían haberlo hecho con un civil, que deberían haberlo hecho conmigo, después de que apareciera una noticia falsa sobre mí diciendo algo de los militares. Y la cuestión se debatió en el parlamento», relató. Y añadió: «Y esto puede parecer horrible, pero es una actividad moderada, a menudo se cometen asesinatos en masa».

Opina Roy que el escritor, sea cual sea su condición, siempre escribe «con perspectiva política». «Hoy en día parece que el escritor es alguien que debe limitarse a entretener, pero no es así en mi caso», dice. «Mi novela no es un manifiesto, pero no tiene miedo de ser política, y tampoco de ser muy íntima», añade. También dijo que sus ensayos y su ficción se retroalimentan, que no son compartimentos estancos, y que la primera vez que visitó Estados Unidos después de escribir sobre la ocupación de Irak y Afganistán, sintió miedo, pero descubrió que «no hay un único Estados Unidos, la población es muy diversa», y el respeto siempre prevalece. En India, concluyó, se la conoce más como activista que como novelista, porque *El dios de las pequeñas cosas* «tardó mucho en traducirse, porque era una novela muy complicada de traducir, pero los ensayos llegaron al momento, y no únicamente ejemplares originales, circula por ahí una foto mía en un semáforo en la que estoy comprando un ejemplar pirata de uno de mis libros. No importa, lo único que importa es el compromiso con el mundo y con los tiempos que vives».

